

EL ARCO

Núm. 430 Cartagena 4 Septiembre 1925 Año XVII

Revista periódica católica de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2,

Se reparte gratis

Los impuestos de Dios sobre la fortuna de los ricos

Cada alma que aflige o desata los lazos que la unen a la Religión de Dios es como un caballo suelto que pretende correr por el campo del egoísmo sin respetar tapas y linderos, cercas y vallados, el cual se presenta delante de su carrera, y no sufre tampoco llevar sobre sí carga o arnés de ninguna clase.

El Estado sin embargo, le pone diferentes cargas a su capital que sufre cuanto puede, a la vez que sufre totalmente cuantas la ordenación de Dios le impone también.

Hablemos de ellas, sin embargo aunque sólo tan a la ligera como lo permite un artículo.

Son éstas de dos clases: cargas de justicia y cargas de caridad, y ambas entran con todas sus manifestaciones en la buena administración de los bienes que el Señor nos dió.

Dios quiere que el capital del rico no permanezca inactivo como lo enseñó en la parábola de los talentos, y quiso que esa actividad no sea con la corrompida orientación de ganar más para disfrutar más, sino con la pureza de intención de ganar para hacer más bien a nuestros semejantes.

Y quiere que esa actividad promueva ocupación a los seres desprovistos de capital que necesitan de lo ajeno para vivir, y que esa ocupación se complete con la justicia en el salario.

En este sentido podemos decir que el pobre tiene derecho a los bienes del rico, esto es, a que el rico no estanque sus bienes, sino a que los tenga siempre en movimiento para dar trabajo, y que ese trabajo, justamente remunera-

do y justamente ejecutado, produzca utilidad a quien lo ejecuta y a quien lo ordena. ¿Hay nada más conforme a la voluntad de Dios? ¿No se ve en ello la armonía de los intereses de todos y la solución de la cuestión social en el cumplimiento del deber?

¿Hay impuesto alguno más noble y más completo?

Aún hay otro impuesto fundamental que gravita sobre el capital de los ricos. Miles y miles de seres viven en la miseria porque no pueden trabajar: viejos, niños, enfermos, valetudinarios, todos los desdichados a quienes el dolor agobia en su inoperancia y que son tan hermanos nuestros como los demás hijos de nuestras propias madres, y que como tales tienen un pleno derecho a nuestros bienes, que en una ordenada administración, conforme al plan divino, deben ajustarse al consejo de Cristo, de «lo que te sobra, dalo de limosna.»

Y este sobrante aparece cuando se han satisfecho, no sólo las necesidades de la naturaleza en favor honesto y morigerado sino también las del propio decoro, con arreglo a la posición de cada cual, pero sin salirse de ella; en estas condiciones, más o menos, siempre sobre, y ese sobrante, unido a sentimientos de amor y sacrificio, a los cuales también tiene derecho el desgraciado; es del pobre, son suyos, y quien lo malgasta en vez de mitigar tantas miserias como en el mundo existen, comete también un delito, y es responsable de muchas enfermedades, de muchas muertes, de muchos crímenes, de muchos pecados; por eso el Señor vela tan difícil el paso del rico por las puertas del Cielo porque

el día de su muerte esas puertas se le obstruyen los ayes y los dolores de las miserias que debió y pudo consolar y no consoló, a la vez que le sujetan como plomones, impidiéndole levantar el vuelo, los dineros que acumuló o que malgastó.

Justicia y caridad son, pues, los dos grandes núcleos de impuestos que Dios puso sobre la fortuna de los ricos ¿Cuánto destina cada cual a satisfacerlos de sus rentas?

En la proporción que lo emplea, y en la forma, tiempo y modo con que lo emplea, hallarán la solución de su vida eterna

ANTONIO MONEDERO

El Bazar Muciano

Un año más que el acreditado comerciante D. Ricardo Blázquez nos da a saborear la graciosa y delicada literatura que envuelve los «juguetes» de su «Bazar Muciano» en el número que acaba de publicarse, que hemos recibido y agradecemos, y que contiene el siguiente sumario:

Estampa del rey malo, por Antonio Robles. ¿Para qué?., por M. R. Blanco Belmonte. — Estampas, por Luis Gil de Vicario. — ¡Ven, amada!, por Rodolfo de Salazar. — Murela desde Castilla, por Eduardo de Ontañón. — Los bichos en el Bazar, por Juan Pérez Zúñiga. — Ricardo Blázquez o la permanencia, por Mariano Ruiz fusca.

¡Otro año, Blázquez!, por José Rodeo. — Estampas de Bazar, por Miguel Pelayo. — El perro de Xauderó, por Enrique Martí. — La eterna poesía, por Marcelano Zurita. — Bagatelas circunferentes, por Andrés Sobejano. — Niterrias, por Enrique Soriano. — Un ejemplo, por Miguel Peñaflo. — Guiterra Muciana, por Narciso Díaz de Escovar. — Cómo nació el Bazar, por Jesús Carrillo del Valle.

— La sonrisa de Ricardo, por Nicolás Ortega. — Las «memás» de las muñecas, por Leopoldo Ayuso. — Cuatro letras pa la Bana, por F. Frutos Rodríguez. — La Reina de España, por Ceclio Recalde. — Se necesita vocación, por César M. Calderón. — El Bazar Muciano, por G. Victoria. — La cervecería de Blázquez, por VETER. — ¿Débil la mujer? ¡Já más!, por Julio Hernández. — don Ricardo Sánchez Madrigal, por Ricardo Blázquez. — Siempre niños, por R. Sánchez Madrigal. — Compenetración de pueblos, por Abelardo L. Teruel.

SAETAZOS

Con motivo del proceso que en la República norteamericana se ha seguido al profesor Scopes, fundado darwinista, algunos de los periódicos de por acá, mal disimulan cuanto les enoja que haya ciudades como la de Dayton, cuyos habitantes rechazan la genealogía que el naturalista inglés atribuye al hombre.

Es esta, dicen, un lamentable atraso: una abominable manifestación de fanatismo: un triunfo odioso de la religión sobre la ciencia, porque todo lo que no sea admitir el evolucionismo darwiniano, es rechazar el progreso científico. No les importa que tal teoría en boca hace treinta años haya decaído considerablemente: lo que les interesa es su sabor racionalista, su oposición al relato bíblico. No quieren tener por progenitor al hombre creado por Dios a su imagen y semejanza preferir ser producto de la evolución del mono, tal como la describía irónicamente don Gaspar Núñez de Arce en la siguiente estrofa:

«Con meditada calma y paso a paso,
cual reclamaba el caso,
llegó a tal perfección un mono viejo,
y la vivaz materia, por sí sola,
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pelo»

Y algunos días que tienen razón: sonsimiosos desde la coronilla hasta el calcañar.

Y aunque vive en la Europa civilizada parece que añora el coquetismo.

Son los hijos del mono,